

CAPÍTULO XII

NUEVOS COLEGIOS EN ESPAÑA DESDE LA PROMULGACIÓN
DE LAS CONSTITUCIONES HASTA LA MUERTE DE SAN IGNACIO

(1554-1556)

SUMARIO: 1. Aumento de la Compañía en España.—2. Colegio de Córdoba abierto el 11 de Diciembre de 1553.—3. El P. Nadal arregla su fundación por Enero de 1554.—4. Conversión del principal fundador.—5. Colegio de Ávila.—6. Colegio de Cuenca.—7. Colegio de Plasencia ofrecido en Trento al P. Láinez por el obispo D. Gutierre de Carvajal.—8. El P. Villanueva lo empieza en 1554.—9. Conversión de D. Gutierre.—10. Principio del colegio de Sevilla.—11. Residencia de Granada abierta en 1554, y que muy pronto se convierte en colegio.—12. Noviciado de Simancas.—13. Breves noticias sobre las fundaciones de Murcia, Monterey y Sanlúcar de Barrameda.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Epistolae mixtae*.—2. *Litterae quadrimestres*.—3. Polanco, *Historia S. J.*—4. *Epistolae P. Láinez*.—5. *Epistolae P. Nadal*.—6. Ribadeneira, *Historia de la Asistencia de España*.—7. Ambrosio de Morales, *Historia manuscrita de Córdoba*.—8. *Actas del ayuntamiento de Córdoba*.—9. *Actas del cabildo de Ávila*.—10. *Idem de Plasencia*.

1. Ya tenemos tres provincias en España. El P. Estrada dirígese á la de Aragón, resuelto á vencer las dificultades que se levantan contra el colegio de Zaragoza. El P. Miguel de Torres baja á la Andalucía para terminar los negocios de Córdoba, y esperando fundar nuevos colegios en Granada, Sevilla, Baeza y Sanlúcar. El P. Araoz queda en Castilla, algo contristado por los avisos que le da el P. Nadal sobre abandonar los negocios seculares, pero animado de buen espíritu y resuelto á promover con todas sus fuerzas la mayor gloria divina. Finalmente, el P. Francisco de Borja, superior de todos, está decidido, como decía Nadal, á fundar colegios y tomar gente, que es una bendición de Dios. Un súbito y extraordinario crecimiento, así de individuos como de colegios, se siguió en la Compañía de España á la promulgación de las Constituciones. Aun no existían en 1554 casas de noviciado, y los que pretendían entrar en la Compañía eran recibidos y educados en los colegios.

Por las cartas cuadrimestres nos consta que en los primeros cuatro meses del año 1554 fueron admitidos en Alcalá nueve postulantes (1) y en Valencia diez (2). Aún más vocaciones se despertaban en Salamanca entre la juventud estudiosa de aquella universidad. Cuando á fines de Marzo del mismo año pasó por allí el P. Nadal, admitió á once, dando orden, empero, que no entrasen todos de una vez, sino que fuesen admitidos en casa con algunos intervalos de interrupción, para que fuese más fácil el educarlos en la vida religiosa (3).

Al mismo tiempo que Dios proporcionaba buenos sujetos á la Compañía, infundía también en personas ricas y poderosas deseos piadosos de fundar colegios á nuestra Orden.

2. El de Córdoba debió su origen al noble y piadosísimo P. Antonio de Córdoba, de quien ya hemos hecho honorífica mención en capítulos pasados. Apenas entró religioso el buen D. Antonio, concibió deseos vehementes de establecer la Compañía en Córdoba, su patria. Para lograr este objeto escribió á su madre D.^a Catalina Fernández de Córdoba, marquesa de Priego, de cuya piedad estaba seguro que acogería tan santa idea. Aprobada por la noble señora la proposición de su hijo, escribieron ambos á San Ignacio, pidiéndole un colegio en Córdoba, y ofreciendo para ello la renta de una canongía y una dignidad que D. Antonio tenía en aquella ciudad (4). El santo Patriarca, consultándolo con el P. Nadal, determinó que partiese á Córdoba el P. Villanueva para asentar los principios de aquella fundación. Por otra parte, San Francisco de Borja sugirió que enviasen al mismo D. Antonio, cuya presencia facilitaría la ejecución de lo comenzado. Escribióse, pues, á Villanueva, mandándole partirse para Andalucía, y hubiérase puesto de camino al instante el rector de Alcalá, si una enfermedad no le hubiera detenido algunos meses. Hé aquí cómo se explica el mismo Villanueva en carta á San Ignacio, fecha el 2 de Setiembre de 1553: «Hubiera ido al principio, si nuestro Señor no me lo hubiera impedido con una enfermedad que me dió á primeros de Julio, que me ha durado hasta ahora, y aunque ando levantado y estoy mejor, todavía no estoy tan libre que para escribir ésta no sea menester buscar mano

(1) *Litterae quadrimestres*, t. II, p. 629.—(2) *Ibid.*, t. III, p. 126.—(3) *Epistolae P. Nadal*, t. I, p. 255.

(4) Véase la carta de D. Antonio en *Epistolae mixtae*, t. II, p. 788. No conservamos la carta de la marquesa que D. Antonio mandaba junto con la suya.

ajena. Pienso, placiendo á la bondad de Dios, de aquí á quince días partirme para Córdoba. El P. D. Antonio quedó esperando, según he entendido, en Medina, y así creo que vendrá por aquí y nos iremos ambos» (1).

Llegó Villanueva á Córdoba acompañado del Hermano Alonso López, licenciado, el 26 de Setiembre de 1553 (2). Adelantóse luego á Montilla, donde residía la marquesa de Priego, y donde ya estaba el P. D. Antonio, venido de Medina. Trató Villanueva con ambos sobre los medios de fundar el colegio, y resolvieron todos tres que convenía interesar en el asunto á la ciudad misma de Córdoba. Ya la marquesa había dado por su cuenta algunos pasos en este sentido, aunque sin llegar á un acuerdo definitivo con el ayuntamiento (3). Ahora juzgó conveniente que el P. Villanueva se encargase por sí mismo de esta negociación. Por aquellos días llegaron de Alcalá los PP. Benito y Navarro con los Hermanos Marcelo, Bernardo y Ramírez. Dejólos á todos aposentados en Montilla el P. Villanueva, y él con su compañero volvió á Córdoba. Fué introducido en el ayuntamiento el 13 de Octubre, y después de presentar unas cartas de recomendación que le había dado la marquesa (4), explicó á los regidores el fin é instituto de la Compañía, les propuso el plan de fundar un colegio en Córdoba, y pidió para esto el poderoso apoyo de la ciudad. Fué bien recibida la proposición por el ayuntamiento, y tal vez se hubiera animado él mismo á costear todos los gastos de la

(1) *Epistolae mixtae*, t. III, p. 463. Por esta carta de Villanueva se corrige el yerro cronológico del P. Roa, quien pone la entrada en Andalucía de los PP. Villanueva y Antonio de Córdoba en el año 1552. Por esta carta se ve que este hecho ocurrió en Agosto de 1553, y entonces no fueron los dos Padres, sino Villanueva y un Hermano.

(2) *Litterae quadrimestres*, t. II, p. 499. El P. Bustamante, que llegó á Córdoba con San Francisco de Borja el 18 de Octubre, dice que estaban allí Villanueva y los otros desde un mes antes. *Epistolae mixtae*, t. III, p. 574. La fecha puntual la da el P. Ribadeneira, *Historia de la Asistencia de España*, l. I, c. XXIII.

(3) Así nos lo demuestra un escrito, relativamente moderno, pero fundado sin duda en documentos contemporáneos. Aludimos á la obra anónima intitulada «*Memorias | de el Colegio de la Compañía de Jesús | de | Córdoba. | Desde el año de 1553 hasta el | de | 1741.*» Guárdase en el instituto provincial de Córdoba. El autor, que debe ser algún jesuita del siglo XVIII, morador de aquel colegio, describe minuciosamente los pasos de la fundación, citando á veces documentos antiguos, ya de nuestro colegio, ya de la ciudad, los cuales por desgracia parecen haber desaparecido. Véase el c. I.

(4) El autor anónimo de las *Memorias* dice haber visto estas cartas en el archivo de la ciudad. *Ibid.* Cuando yo visité este archivo, por Junio de 1900, no pude hallar estas cartas.

fundación; pero Dios abrevió los trámites de este negocio, moviendo el corazón de un hombre tan noble como rico, cuya generosidad facilitó considerablemente esta obra.

Cuando Villanueva volvía de Montilla á Córdoba para tratar de este negocio con el ayuntamiento, la marquesa de Priego le dió cartas de recomendación para D. Juan de Córdoba, deán de aquella iglesia, abad y señor de las villas de Rute y Zambra, hombre que por sus riquezas y noble linaje era quizá el más influyente de la ciudad. No agradó á este señor la recomendación de la marquesa, porque estaba siniestramente informado acerca de la Compañía. No obstante, por no desairar los deseos de tan ilustre señora, recibió benignamente y hospedó en su casa al P. Villanueva y á su compañero. Ya que los tuvo allí, empezó á examinar cuidadosamente todo lo que hacían, llegando su vigilancia hasta levantarse de noche y acecharles por la cerradura de la puerta. Como siempre los viese ocupados, dentro de casa en oración y lección de algunos libros piadosos que llevaban, y fuera en obras de celo y piedad, empezó á mejorar el juicio que de ellos había formado; pero de pronto oyó decir á un calumniador que sus huéspedes salían de noche. Sorprendióse D. Juan y pensó haber descubierto la malicia que antes se le ocultaba; pero inquiriendo más, oyó á los pocos días la verdadera explicación de aquel hecho. Fué el caso que, estando á la muerte una noche cierto caballero de vida escandalosa, y no pudiendo obtener de él un sincero arrepentimiento, llamaron al P. Villanueva para que procurase con su fervor ablandar aquel corazón endurecido. Acudió luego el Padre con su compañero, y por la gracia de Dios, tanto supo decir al enfermo y con tal eficacia le exhortó al arrepentimiento de sus culpas, que consiguió de él una buena confesión y una muerte edificante. Cuando algunos testigos de este hecho lo refirieron á D. Juan de Córdoba, depuso este caballero las malas sospechas que había concebido contra la Compañía, y desde entonces hasta morir la amó con entrañable cariño (1).

Enterado del colegio que se trataba de fundar en Córdoba, ocurriósele la idea de donar para esta obra las casas en que él vivía, y cuyo precio era, según el P. Nadal, de veinticinco á treinta mil ducados (2). Por aquellos días (el 18 de Octubre) llegó de Portugal San Francisco de Borja en compañía del P. Bustamante (3), y la presen-

(1) Ribadeneira, *Historia de la Asistencia de España*, l. I, c. XXIII.—(2) *Epistolae P. Nadal*, t. I, p. 223.—(3) *Epistolae mixtae*, t. III, p. 574.

cia de un hombre tan insigne contribuyó aquí, como en todas partes, á facilitar la expedición del negocio. Después de descansar un día en casa de D. Juan de Córdoba, dirigióse el santo á Montilla para visitar á la marquesa de Priego. Cumplido este deber de gratitud y religiosa caridad, volvióse á Córdoba, y el 3 de Noviembre presentóse con el P. D. Antonio en el ayuntamiento. Repitió los ofrecimientos que ya había hecho el P. Villanueva, y á ellos contestaron los regidores brindándose á secundar los santos deseos de la Compañía (1).

Á todo esto la piadosa impaciencia de la marquesa aceleró la apertura del colegio. Mientras la ciudad deliberaba sobre la forma de establecer la obra, y D. Juan maduraba el pensamiento de ceder su casa á la Compañía, ofreció ella unas casas que tenía en Córdoba, llamadas vulgarmente *Casas del agua* (2), para que en ellas empezasen á vivir y trabajar de algún modo nuestros Padres. Fué admitida la oferta, y aderezadas prontamente aquellas casas, procedióse á la solemne apertura del colegio. Verificóse este acto el 11 de Diciembre de 1553 (3). Convidados el señor obispo y el cabildo, el ayuntamiento y los más ilustres personajes de la ciudad, pronunciáronse dos discursos, en los cuales se declaraban los santos propósitos de la Compañía en la educación de la juventud, y se convidaba á los circunstantes á enviar sus niños á las clases de latinidad, que desde entonces quedaban abiertas. También se empezaba una clase de casos de conciencia para los eclesiásticos que desearan profundizar las materias morales. Afirmaba San Francisco de Borja que en ninguna ciudad de España había sido recibida la Compañía con tantas muestras de benevolencia (4).

3. En vista de la generosidad con que se daban los Nuestros al trabajo, así de la enseñanza, como de oír confesiones y predicar, creció

(1) Esta entrevista de los dos Padres con el ayuntamiento consta por las actas de éste, que pueden verse en su archivo. Vid., *Traslado del libro capitular del año 1553*. No está foliado el tomo. Búsqese el día 3 de Noviembre.

(2) He aquí cómo describen esta casa las *Memorias del colegio de Córdoba*, antes citadas: «Esta casa es una que aquí llaman *Casa del agua*, que está enfrente de la catedral, al lado donde está la torre, y cuando esto se escribe (1741) se conserva sobre su puerta una pequeña lápida con la inscripción siguiente: *La casa del agua*, y sobre ella el augusto nombre de Jesús en esta forma *JHS*.» (L. I, *Década 1.ª*, *Morada 4.ª*). Esta casa debía ser la del núm. 3 antiguo y 6 moderno de la actual calle de Torrijos.

(3) Polanco, *Historia S. J.*, t. III, p. 364. *Epistolae S. Franc. de Borja*. Carta escrita en Córdoba el 25 de Diciembre de 1553.

(4) Polanco, *Ibid.*

en todos los cordobeses el deseo de asentar aquel colegio, y cuando unos quince días después se presentó, como vimos, el P. Nadal, activóse más el negocio. Don Juan de Córdoba acabó de decidirse, y ofreció generosamente su casa. Más obstáculos hubo por parte del ayuntamiento, donde, como en toda corporación, nunca faltaban algunos que repugnaban á esta obra; pero al fin vencióse esta resistencia y obligóse la ciudad á dar al colegio una renta de seiscientos mil maravedís (1).

4. Ya estaba todo para concluirse, cuando una triste noticia perturbó súbitamente á los Nuestros, y puso en peligro de arruinarse toda la obra. Supieron que su generoso amigo el señor deán de Córdoba, el cumplido caballero, el eclesiástico respetable, estaba miserablemente amancebado, y que este amancebamiento era público. Tan dominado tenía el vicio al pobre deán, que, como dice el P. Antonio de Córdoba, «ni sus deudos, ni el emperador, ni el reino todo habían bastado á ganar esta fuerza, y así lo tenían quitado [á D. Juan] de los memoriales de provisiones de iglesias, con haber estado electo ya alguna vez, y sus parientes lo dejaban por cosa perdida» (2). Cuando descubrió esta llaga el P. Nadal, juntó á todos los Padres y Hermanos del colegio, y con vivo dolor les dirigió estas palabras, que pone en sus labios Ribadeneira, y parecen muy naturales en aquel santo varón: «¿Qué es esto, Hermanos? ¿Dónde se sufre que habiéndonos dado D. Juan su hacienda dé su alma al demonio? ¿Venimos á Córdoba por hacienda ó por almas? No, no ha de ser así, sino que tenemos de dejar la hacienda, ó tenemos de ganar para Dios el alma del que nos la dió. Hagamos oración y penitencia, lloremos y gimamos y clamemos al cielo todos á una, y supliquemos al Señor con grande instancia que dé su espíritu y esfuerzo á D. Juan, para que le entregue su corazón y quite el escándalo de esta ciudad» (3).

Obedecieron todos á esta fervorosa exhortación, oraron y gimieron en la presencia de Dios, y á pocos días la gracia tocó eficazmente el corazón de D. Juan. Aunque desde joven había vivido en los vicios, hizo entonces un esfuerzo generoso, convirtióse de veras á Dios, y tomando á la mujer que le perdía, hizo que la sacasen públicamente de su casa y la depositasen en un monasterio (4). Con esto se desvaneció un rumor que empezaba á correr entre el vulgo, de

(1) *Epistola P. Nadal*, t. I, p. 223.—(2) *Epist. mixtae*, t. IV, p. 306.—(3) *Historia de la Asistencia de España*, l. I, c. XXIV.—(4) *Epistolae mixtae*, t. IV, p. 307.

que la Compañía disimulaba los vicios de D. Juan á trueque de sacarle su dinero, y de que los jesuítas sufrían *la de Baal con el arca del Señor* (1). Por el contrario, al ver lograda por la Compañía una conversión que nadie había podido conseguir, se convencieron todos de que era verdad lo que se contaba de la virtud y celo de los Nuestros (2).

Activáronse todas las diligencias, y el 24 de Enero de 1554 se firmó la escritura entre el ayuntamiento de Córdoba, D. Juan y la Compañía.

No debemos omitir el precioso concurso que prestó para todo este negocio el B. Juan de Ávila, que por entonces se hallaba en Córdoba. Con él consultaban los Nuestros todos los negocios de esta fundación, como se ve por la carta del P. Nadal escrita el 15 de Marzo de 1554 (3), «él animaba á todas las personas que podían favorecernos», y de una frase del P. Bustamante se colige que, si no fué el M. Ávila quien inspiró á D. Juan el pensamiento de dar su casa á la Compañía, por lo menos le confirmó en su buen deseo. Dice Bustamante que cuando el deán ofreció su casa, dió una cédula, «que haría la dicha obligación cuando y como pareciese al P. M. Ávila, que es el que ha mucho trabajado en este negocio» (4). No es de maravillar que tuviese tan feliz resultado esta fundación, habiendo puesto las manos en ella hombres tan santos como San Francisco de Borja, el B. Juan de Ávila y los PP. Nadal, Villanueva y D. Antonio.

Año y medio permaneció el colegio en las Casas del agua. En este tiempo fuéronse haciendo las transformaciones necesarias en la casa

(1) La frase es del P. Antonio de Córdoba, *Ibid.* Lo curioso de este caso es que, según parece indicar el P. Antonio, se verificó esta mudanza de D. Juan sin que los Nuestros le hablasen directamente sobre ello, aunque de una frase del P. Polanco (*Historia S. J.*, t. III, p. 365) parece inferirse que el P. Villanueva puso la mano en este negocio. Nada tendría de extraño, que juntándose las oraciones de todos con la palabra ruda pero eficaz del buen Villanueva, se consiguiera el efecto deseado. Debió efectuarse la conversión de D. Juan en los últimos días del año 1553, pues da noticia de ella el P. Bustamante en carta del 31 de Diciembre. «Si no se hubiera ganado, dice, otra cosa, sino la mudanza que ha hecho el Señor en su persona [de D. Juan], después que trujo á su casa la Compañía, fuera bien empleado todo nuestro trabajo, por ser él la principal persona desta ciudad, y con quien más cuenta se tiene en toda la Andalucía de persona eclesiástica.» *Epistolae mixtae*, t. III, p. 706.

(2) *Epistolae mixtae*, t. IV, p. 307.

(3) *Vide Epistolae P. Nadal*, t. I, p. 222 y siguientes.

(4) *Epistolae mixtae*, t. III, p. 575.

de D. Juan para convertirla en colegio, y el ayuntamiento apresuró estos trabajos, contribuyendo generosamente con la suma de seis mil ducados (1). Cuando estuvo el edificio debidamente dispuesto, trasladáronse á él nuestros Padres y Hermanos con toda solemnidad el 23 de Junio de 1555. Fueron convidados para este acto el señor obispo D. Leopoldo de Austria, los dos cabildos eclesiástico y seglar, los inquisidores, las Ordenes religiosas y otras personas principales. Reunida parte de esta comitiva en la Casa del agua, salió de ella el primero nuestro P. Provincial Miguel de Torres, entre las dos personas más ilustres; seguían después en fila todos nuestros Padres y Hermanos, llevando cada uno otras dos personas á sus lados, y en esta forma, atravesando por lo más público de la ciudad, llegaron al nuevo colegio. Allí los esperaba D. Juan con otras personas respetables. Cuando vió venir al P. Provincial salió á su encuentro, y antes de que se lo pudieran impedir, púsose impetuosamente de rodillas. Arrodillóse también el P. Torres y abrazó afectuosamente á nuestro bienhechor, y derramando uno y otro lágrimas de ternura, puso D. Juan en manos del P. Provincial las llaves de la casa. Dirigiéronse luego todos á la iglesia para dar gracias á Dios, entonáronse las vísperas y tras ellas predicó un sermón fervoroso el B. Juan de Ávila. Al día siguiente, fiesta de San Juan Bautista, celebró misa solemne el mismo D. Juan de Córdoba, y predicó Fr. Pedro de San Juan, de la Orden de Santo Domingo (2). Con tan felices auspicios empezó el colegio de Córdoba, que pudo llamarse el principio de la Provincia de Andalucía.

5. No habría pasado medio año después de la apertura del colegio de Córdoba, cuando en la primavera de 1554 se dió modesto principio al de Ávila. No tengo noticia de que nuestros Padres se diesen á conocer en esta ciudad hasta el año 1550. Entonces, con ocasión de cierto negocio, hubo de presentarse allí el P. Miguel de Torres, precisamente al tiempo en que se hablaba mucho de las disensiones lamentables que ocurrían en un célebre convento, donde vivían más de ciento veinte monjas. Rogaron al Padre que acudiese á este mo-

(1) Ambrosio de Morales. *Historia manuscrita de Córdoba*, t. II, p. 492. En esta historia, que se guarda en el archivo municipal de Córdoba, pueden recogerse algunas noticias sobre los principios de nuestro colegio; noticias que merecen toda fe, pues el célebre historiador tenía entonces cuarenta años y presenciaba lo que cuenta.

(2) Véase la descripción que hace de esta traslación el P. Pedro de Azevedo en la carta cuadrimestre que escribió á San Ignacio el 3 de Setiembre de 1555. *Litterae quadrimestres*, t. III, p. 625.